

IV Premi literari de Muntanya, Natura i Viatges del Club Alpí Universitari

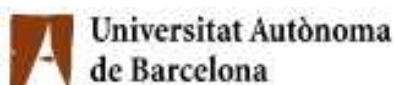


1r premi del *IV Premi Literari de Muntanya,
Natura i Viatges del Club Alpí Universitari*

Autor: Ariel Alberto Díaz

Títol de l'obra: ALDANA

Amb el suport de:





El sol se pone en el horizonte, formado por las cumbres de los picos más altos de la cordillera. Varios cóndores giran en las alturas de un cielo brillante, pequeños y negros, para dar vida a la quietud del instante. Me acerco con precaución al borde del precipicio y así admirar el vasto valle con el río sinuoso que corre con rumor sordo en su parte más profunda. Si no fuera por el lento giro de los pájaros, parecería que el tiempo se hubiera detenido para que pudiese admirarlo.

De pronto siento que unas manos se apoyan en mi espalda y me empujan con fuerza al vacío. Intento inútilmente aferrarme de esas manos, escucho un alarido pavoroso mientras giro el cuerpo hasta percibir los contornos de una figura de mujer con una cara joven sin rasgos definidos. Me debato en el aire, mis pies resbalan y arrastran piedras, trato de frenar mi caída, mis manos intentan agarrarse de las rocas. Giran las montañas, el río, el cielo, la nieve y la figura de mujer, continúo cayendo, trato de frenarme, de asirme de algo, cuando veo que sobrepaso el borde del precipicio. Mi terror aumenta, mi pecho parece estallar con la seguridad de mi muerte, estrellado entre las piedras que aguardan mi final. Los alaridos taladran mis oídos, el dolor en el pecho se hace insoportable. En ese momento una luz me invade desde el fondo del valle, al mismo tiempo que tomo conciencia de que los gritos brotan de mi garganta. Mis manos tocan algo, me aferro desesperadamente. En medio de mi angustia, me doy cuenta de que he cogido otras manos. La luz del valle se intensifica, los contornos del río, de las cumbres, los árboles, las rocas, van desapareciendo. Continúo gritando aterrado, sintiendo un dolor intenso en el pecho y la garganta. Una silueta se recorta contra la luz; poco a poco, voy tomando conciencia de que ya no caigo y estoy acostado en mi cama, mientras Aldana, preocupada, me trata de sacar de la pesadilla y traerme a la realidad.

—Tranquilo, Ale, que estás conmigo. Despierta y tranquilízate. No hay ningún precipicio. ¡Fue la pesadilla de siempre!

El corazón resuena loco. Me cuesta recuperarme. Intento agradecer su gesto, pero las palabras no salen.

—No te esfuerces en hablar, Ale, que con el vigor que has puesto en tus gritos se te aflojaron las clavijas de tus cuerdas vocales. Toma tu tranquilizante, un poco de agua, y ahora, bien arropadito, continúa durmiendo como un buen bebé de medio siglo. No te preocupes, que no me voy, te tengo de la mano hasta que te duermas.



Mientras contemplaba sus ojos expresivos, escuchaba su voz dulce y sentía la calidez de su mano, poco a poco mi corazón calmaba sus latidos, el dolor en el pecho desaparecía, la respiración tomaba su ritmo normal y mi espíritu ganaba el sosiego que necesitaba para dormir en paz las horas que me quedaban de sueño con la seguridad de que la pesadilla no se repetiría. Así, en el duermevela que precede al sueño, recordé mi pasión por el montañismo, el escalamiento de los picos más altos de los Andes, los riesgos corridos al trepar paredes verticales flojas con la amenaza latente de avalanchas, donde el peligro de congelamiento acechaba continuamente y cualquier error se pagaba con la vida.

Fui evocando los momentos más felices de mi noviazgo con Marina, la brusca ruptura del compromiso matrimonial, mi primera pesadilla, el terror que sentí, y la reiteración que viví cada una de las noches al caer siempre al vacío empujado por esa mujer joven, cuyos rasgos nunca alcanzaba a distinguir. A veces pensé que esa mujer podría ser Marina, pero su figura no era la de ella; luego, cada vez se fue fortificando más en mí la idea de haber vivido ese último momento en una vida anterior, tan fuerte era la impresión y tan reiteradamente iguales las pesadillas.

Fue así que desde los treinta años, nunca más vi a Marina ni escalé una montaña, a pesar de la enorme atracción que sentía por las alturas, el aire libre, el viento frío en la cara y la lucha con la naturaleza hostil. El espanto de mi diaria pesadilla fue mayor que dicha atracción. De esta manera creí que estaba muerta y enterrada mi pasión por el montañismo. Hasta que Aldana me habló de su proyecto.

Ese día me sentía particularmente dichoso. Por la tarde, en mi casa, se festejaría mi trigésimo cumpleaños y el compromiso con Marina. La vida me sonreía y me creía un triunfador, una persona tocada con la varita mágica de la felicidad. Estaba al frente de la pujante industria que con tantos esfuerzos había creado mi padre, contando siempre con su apoyo y consejo. La semana anterior acababa de escalar la cumbre sur del Aconcagua, por la pared sur, una proeza de la cual me sentía orgulloso, pues es uno de los logros más preciados de los andinistas experimentados. Y lo más importante: contaba con el amor de Marina.

Pasé por la tienda cercana, compré un hermoso vestido para Aldana —que también cumplía años— y me dirigí a casa, adonde me recibió Alicia, madre de Aldana, empleada que hacía veinte años trabajaba ayudando a mi madre en los quehaceres

domésticos.

—¡Hola, Alicia! ¿Cómo anda esa tarta?

—¡Feliz cumpleaños, Alejandro! La tarta está bien, en el horno; la que está enloquecida es Aldana. Quiso ayudarme, volcó en el suelo la mitad de la harina y el azúcar, y ahora está envolviendo un regalo para ti. Ya sabes cómo te quiere.

—¿No sientes celos de que tu única hija me quiera más a mí que a ti?

—Estoy muy segura del cariño de mi hija para sentir celos de ti. Al contrario, me gusta que te quieras, como te queremos todos.

—Bueno, bueno; llegó la hora de la telenovela. ¿Mis padres dónde...?

—¡Hola, tío Ale! —corrió a mi encuentro Aldana.

—¡Feliz cumpleaños! —dijimos ambos al unísono, ofreciendo cada uno los paquetes con regalos; la levanté del suelo, me abrazó con sus piernas el pecho, y los paquetes cayeron.

—Un beso para el tío, otro para el padrino, y otro por ser tu cumpleaños — me dijo con su dulce sonrisa de ojos y boca.

—Un beso para mi sobrina, otro para mi mejor y única ahijada, y cuatro más por los añitos que cumples.

—¿Puedes coger los paquetes? Espero que te gusten los regalos. Tú, ¿qué me trajiste?

—¡Sorpresa! ¿Qué te parece si me ayudas a abrir los paquetes?

Ver el vestido y ponérselo, fue todo uno; a los gritos de júbilo que dio Aldana, acudieron mis padres a saludarme y desearme felicidad. Con la ayuda presurosa de la inquieta niña —que ansiaba mostrarme sus regalos —, desenvolvimos los paquetes. Entre los restos de papel aparecieron: un libro con un monigote de todos colores dibujado con la ayuda de Alicia, y flores recién cortadas —de contrabando— del jardín que con tanto esmero cuidaba mi madre.

—¿Qué más me trajiste? ¿Un vestido solamente? ¡Es precioso! ¡Pero quiero más cosas! ¡Más vestidos! ¡Anillos, zapatos, pendientes, collares, más, más y más! ¿Acaso no sabes cuánto me gustan los regalos? Cuando sea grande, ¿me vas a regalar todo lo que tú tienes?

Así de feliz comenzó mi trigésimo cumpleaños y el compromiso con Marina. Al final del día, era una piltrafa que no deseaba vivir, me sentía el más infeliz de los

mortales: Marina había roto el compromiso, no quería verme más y en la semana siguiente viajaba a Europa sin fecha de regreso.

Esa noche el terror se apoderó de mí: tuve mi primera pesadilla.

Un mes antes de que cumpliéramos, Aldana veinticuatro y yo cincuenta años, ella me habló de su proyecto: escalar el cerro Tolosa y festejar en su cima nuestros cumpleaños.

—Me parece, Aldana, que has estado trabajando mucho últimamente y necesitas un buen descanso. ¿Por qué no te tomas vacaciones?

—De acuerdo. Nos tomamos quince días antes de ambos cumpleaños para hacer los preparativos. Comenzamos la ascensión el día anterior, de tal forma que al día siguiente celebramos el acontecimiento destapando el champaña con la montaña a nuestros pies. Estoy convencida de que al volver a escalar se acabarán tus pesadillas.

—Todos los psicólogos que consulté me recomendaron la playa y el llano. ¡Nada de cerros, prohibido escalar! ¿Quieres que enloquezca del todo?

—¡Escúchame, tío Ale! Llevamos todos tus medicamentos. En cuanto te sientas mal, volvemos. ¡Dame la oportunidad de realizar este único intento de curarte! De lo contrario, llegaré a la conclusión de que perdí todo el año pasado estudiando y practicando alpinismo, y que el entusiasmo que puse fue en vano. ¡Por favor!

—A ver, espera un poco... ¿Cómo es eso de que estuviste estudiando? ¿En qué momentos, si no descansaste en todo el año?

—Por lo visto supe ocultar muy bien lo que hacía. ¿Recuerdas que salía todos los días apenas llegábamos del trabajo? Pues no era una cita galante, sino que concurría a mis clases. Quise que fuese una sorpresa, porque si te hubieses enterado, te habrías opuesto a mis proyectos.

—Es una locura. Por un lado no estoy entrenado para trepar a una montaña, además del pánico que voy a sentir, y tú, en unas pocas clases, no puedes haber reunido experiencia ni resistencia como para escalar al lado de un pobre viejo como yo. Además, no se puede practicar alpinismo por un simple capricho, o por ayudar a un enfermo. ¡Hay que amar esa vida!

—¡Ay, tío Ale! ¡Tú, viejo enfermo! ¿Por qué crees que insistí tanto el año pasado para que volvieras a jugar a la pelota vasca dos veces por semana? ¿Por qué

crees que te invitaba todos los sábados a jugar voleibol y los domingos a jugar tenis? ¿Cómo es posible que hayas ganado el campeonato de pelota y el de tenis, siendo como dices que eres, un pobre viejo enfermo? Tío, ¡sé que estás muy fuerte y perfectamente entrenado para escalar! ¡Vamos! ¡Aparta tu maldita humildad, y reconoce que es como te digo!

Se había puesto roja en su excitación, levantaba la voz y le brillaban los ojos. Admirando la belleza de sus rasgos, me distraje. Mientras, ella continuaba:

—...y además amo el montañismo. Fui la mejor de mi grupo, no porque me lo propusiera, sino porque escalar me produce felicidad, como te ocurría a ti y como —estoy segura— te seguirá sucediendo. La montaña que te ofrezco escalar, ya la subí en dos oportunidades en aquellos fines de semana que tú supusiste que salía con algún amigo o novio escondido. Así que conozco muy bien el camino; para ti va a ser un paseo y tu pesadilla va a desaparecer. ¡Créeme!

Como siempre, se hizo lo que Aldana quería.

Después que Marina puso fin a nuestra relación, los días se me hicieron interminables. Vivía en un abandono total. No concurría al trabajo, apenas comía, tomaba calmantes y si salía era solamente para la consulta con algún psicólogo de turno. Mi madre estaba continuamente a mi lado dándome ánimos y tratando, vanamente, de que me bañara y afeitara. Permanecía en cama durmiendo o con los ojos fijos en el techo. A la noche, invariablemente, la terrible pesadilla.

Mi padre se había puesto nuevamente al frente de la fábrica y todos sus intentos de que lo ayudara fueron inútiles. Me hablaba, me convencía de que al día siguiente fuésemos juntos a trabajar; por la mañana, ni siquiera escuchaba sus palabras. Sentía que el dolor de no ver más a Marina era superior a mis fuerzas y que no podría soportar por mucho tiempo la situación que estaba viviendo. Día a día me iba hundiendo en un abismo de desesperación cada vez más profundo. Por la noche tenía miedo de dormirme porque sabía que otra vez se repetiría mi caída al vacío. Cuando suponía que mi sufrimiento no podía ser mayor, sucedió aquello: mis padres y Alicia fallecieron en un accidente de carretera.

No sé de donde saqué fuerzas para enfrentar la dura realidad; tuve que abandonar la cama, encargarme de los sepelios y reemplazar a mi padre en la dirección de la fábrica. Al mismo tiempo me hice cargo de Aldana, ya que Alicia no

tenía familiares directos. Si bien fue un golpe terrible, me obligó a despertar a la realidad y encontrarle un sentido a la vida que había perdido desde la falta de Marina. Puse todo mi esfuerzo en la dirección de la fábrica y en cuidar y educar a Aldana, lo único que quedaba de mi pequeña familia.

Me tocó la ingrata tarea de comunicar a Aldana lo que había sucedido. Nunca olvidaré la cara de odio que puso cuando le conté del accidente y que su mamá estaba grave. No me atreví a enfrentarla de golpe con la muerte.

—¡Te odio, eres el culpable, te odio! ¡Mi mamá está muerta y no te animas a decírmelo porque tú la mataste! ¡Te odio, te odio! —gritaba al mismo tiempo que me golpeaba con puños y pies con una fuerza increíble para sus cinco años. Su cara estaba contraída, congestionada de dolor, y sus ojos húmedos me miraban fijamente con rabia criminal. No pude calmarla de ninguna forma; fue necesario llamar a un médico, que le aplicó una inyección tranquilizante.

Nunca logré olvidar ese rencor intenso reflejado en los ojos de Aldana, ya que su mirada era siempre dulce, cariñosa, y su estado natural alegre y bullicioso. Al descubrir en varias oportunidades en que ella creía que no la estaba observando, esa mirada de odio como la de aquel aciago día, lo comenté con mi analista, el cual me recomendó que debía convencerla de iniciar una terapia.

Luego de varias sesiones, el analista me comentó que Aldana continuaba culpándose por la muerte de su madre, porque había sido yo quien había insistido para que Alicia acompañase a mi madre en ese viaje. Intentó tranquilizarme diciéndome que era algo pasajero y que el tiempo se encargaría de borrar tan trágico recuerdo. A partir de ese momento me sentí culpable de la muerte de Alicia.

Al día siguiente de haberme hablado Aldana de su proyecto de escalar el cerro Tolosa, ya empezamos a organizar la excursión; en realidad fue ella la que comenzó a organizarme. Por la tarde, cuando dejamos el trabajo, me pidió el volante del auto y, en lugar de volver a nuestro apartamento, condujo hasta la antigua casa de mis padres, donde dijo que quería servirme un “té especial”.

El “té especial” estaba esparcido cuidadosamente por la sala y consistía en mi equipo de escalador, que había sido guardado durante casi veinte años. Confieso que la noche anterior dormí mal, intranquilo, con la pesadilla de siempre, pero más vívida, más



aterradora; evidentemente, la idea de toparme nuevamente con la montaña me había afectado haciéndome sentir peor, a pesar de todo el entusiasmo de Aldana. Ella no se enteró y la veía cada vez más entusiasmada.

Ahora, al ver mi equipo bien conservado, con sus colores vivos, los clavos relucientes, las cuerdas impecables, —luego me percaté de que Aldana lo había hecho restaurar y agregado ropa y una liviana carpa isotérmica para dos personas— algo comenzó a hacerme cosquillas en las venas: mi antigua pasión por la montaña. Me sorprendí a mí mismo dando indicaciones a Aldana para mejorar el equipo, reforzando costuras, explicando la conveniencia de usar empotradores en lugar de los antiguos clavos, señalando el uso correcto de los mosquetones y la forma de pasar la cuerda, los nudos más utilizados, admirando lo abrigado y leve de las prendas modernas y entusiasmándome al indicarle qué otros elementos necesitábamos.

Cuando luego estuvimos en la montaña, pensé muchas veces en ese momento y llegué a la conclusión de que Aldana sabía perfectamente qué elementos eran necesarios para un escalamiento seguro y cómodo; pero, a propósito, lo preparó incompleto, para poder recurrir a mi experiencia, hacerme entusiasmar, despertar mi vanidad y creer que yo le estaba enseñando a una alumna inteligente, pero ignorante. Después de haber consultado a tantos psicólogos, comprobaba finalmente que el mejor lo había tenido a mi lado. De esta forma, hasta bien entrada la noche, charlamos y discutimos sobre el equipo y el elaborado proyecto de Aldana.

Me costó dormir y, a pesar de la pesadilla y de haberme despertado varias veces por la noche, amanecí diferente, con más vida, con deseos de hacer algo para recuperarme, pensaba en la posibilidad entrevista por Aldana de no tener nunca más la atroz pesadilla.

Así fueron pasando los días y cada vez me metía más en la próxima escalada. A veces me distraía en el trabajo de tal forma que era necesario que me dijeren dos o tres veces lo mismo para que, finalmente, prestase atención. Soñaba despierto, repasaba los distintos elementos del equipo para no dejar nada librado al azar, trepaba escarpadas pendientes, colocaba empotradores, le pasaba la sog a Aldana, sentía las fuertes ráfagas del viento frío en la cara, —¿Hago quedar a la gente hasta que termine el trabajo?— y volvía con esfuerzo a la realidad para contestar la reiterada pregunta de algún empleado. Tal era mi entusiasmo.



Quince días antes de mi cumpleaños —de acuerdo con lo proyectado por Aldana— nos tomamos vacaciones y comenzamos a entrenarnos. Primero trotamos todas las mañanas, desde bien temprano, distancias que se iban alargando a medida que nos sentíamos más fuertes; por la tarde hacíamos ejercicios con un profesor especializado.

Al cabo de una semana fuimos a entrenarnos a un lugar de cerros con profundas picadas situado en las afueras de la ciudad, un sitio que recordaba y amaba entrañablemente pues fue el preferido de mi infancia, cuando necesitaba estar solo y encontrarme conmigo mismo, el de mis primeras magulladuras con la montaña, donde nació mi amor por ellas.

En una ocasión perdí pie y, gracias a la habilidad y fuerza de Aldana —que me sostuvo con la cuerda que nos unía—, no me caí de una cuesta empinada. Luego de recuperarme, me hice la firme promesa de concentrarme en cada paso que diese en la montaña, cuando le llegase el turno al cerro Tolosa; admiré la serenidad de Aldana. Evidentemente, sería una excelente y experimentada compañía en la proyectada ascensión.

Un poco a los tumbos al principio, comencé a dirigir nuevamente la fábrica, esta vez sin los sabios y prudentes consejos de mi padre. Tanto la fábrica como yo salimos adelante.

Entre los siete u ocho años de Aldana, me enteré de que se casaba Marina. Traté de no darle importancia y abocarme a mi trabajo con todas mis energías. Pero el pensamiento de que ese día la estaba perdiendo para siempre era superior a mi deseo de concentrarme en el trabajo. Finalmente desistí, me retiré de la fábrica y me reuní a tomar el té con Aldana. Le comenté que ese día se casaba Marina y me dijo:

—Mejor. Ella no era buena para ti. No te preocupes, que yo te cuidaré hasta que te mueras.

—Espero que falte bastante —le contesté, aunque no pude dejar de entermecerme y la mirada se me volvió borrosa. Ella lo notó, sonrió, y me dio un beso.

—Nunca te voy a dejar, tío Ale.

Aldana fue abriéndose paso en la escuela primaria como la mejor alumna. Conversábamos mucho y disfrutaba de sus decires inteligentes, su rapidez mental y su memoria prodigiosa. Ella se había propuesto que sería mi secretaria en la dirección de

la fábrica y que luego me reemplazaría, así yo podría descansar. Lo tomé a broma pero, interiormente, deseaba que fuese así. Sabía ya que iba a ser muy competente en cualquier cosa que se propusiese. Me alegré cuando quiso estudiar para perito mercantil, como el paso previo a trabajar conmigo.

Desde un mes aproximadamente antes de que cumplierse quince años me fue dando a entender —por medio de insinuaciones y en lo que consideré en su momento como una muestra de sus condiciones de actriz— cuánto significaba para ella la casa de mis padres y que usábamos solamente los fines de semana, pues nos habíamos mudado a un apartamento en un barrio más cercano a la fábrica y al colegio de Aldana.

Además de la fiesta que le organicé —a la cual vinieron gran cantidad de amigos y compañeros de escuela—, le di la “sorpresa” del título de propiedad de la casa a nombre de ella. Si bien supe desde el principio que sus medias palabras emocionadas y sugerencias tenían como fin que se la regalara, se emocionó, lloró, me abrazó fuertemente y me dio un largo beso. Me sentí contento de haberle dado el gusto. Aldana siempre tuvo y tiene la cualidad de hacer feliz a la persona que le regala algo. Tan expresiva y cariñosa es.

El jeep nos dejó en la base de la montaña. No contratamos guía porque ambos conocíamos bien el terreno; Aldana lo había escalado en dos oportunidades últimamente, y yo más de diez veces, hacía veinte años. Nos sentíamos seguros y muy animados. Cargamos nuestras mochilas y comenzamos el ascenso.

Yo iba adelante, aspirando profundamente y exhalando con deleite el aliento, que se condensaba en el fresco aire primaveral de la mañana que comenzaba. Hacia el este, un tenue color rojizo, anunciaba el comienzo del día. Apenas se distinguían los contornos. Ibamos en silencio y disfrutaba de cada paso hacia la cumbre, de cada sonido que me llegaba, del aire frío en el rostro y de la plenitud de paz que me daba el apagado ruido de los pasos de Aldana.

No sé cómo explicar la euforia, el entusiasmo, mientras iba ganando terreno a la montaña. La forma más clara de expresarlo, sería decir que me sentía vivo, que la sangre corría por mis venas; estaba compartiendo ese momento que estaba seguro sería de importancia decisiva para mi futuro, con la persona más importante de mi ajetreada existencia. Hacía mucho tiempo que mi sensibilidad no estaba tan a flor de piel. ¡Veinte



años! En veinte años nunca me encontré tan lleno de vida, gozando tanto del momento y de la compañía. No hacía falta que intercambiáramos una palabra, ni siquiera una mirada, para darme cuenta de que estaba tan feliz y emocionada como yo.

Mientras íbamos trepando por piedras y senderos, recordé a Lilian, madre de una compañera de Aldana, a la que conocí en su fiesta de graduación. Puse mucho entusiasmo en esta nueva relación y le contaba a Aldana lo bien que me sentía con ella. Inicialmente le resultó simpática y varias veces me sugirió que saliese con Lilian ; luego se hizo evidente una viva antipatía que fue creciendo hasta llegar al odio. Nunca pude entender ese cambio. Me dolía que no compartiese mi entusiasmo, hasta que finalmente opté por no contarle más acerca del amor creciente que iba sintiendo por Lilian. No sé cómo, Aldana pudo comprobar la infidelidad de mi novia. Posteriormente conversé con Lilian y determinamos ambos, de común acuerdo, el fin de nuestra relación. Fue doloroso, pero en poco tiempo me pude recuperar. Aldana me ayudó, invitándome a salir y compartiendo muchos momentos. Poco a poco me contagió su alegría y animación.

Luego desfilaron algunas mujeres más, a las cuales inicialmente no les veía defectos debido al ansia de amar y ser amado; era Aldana quien siempre me abría los ojos a la realidad, haciéndome notar todos aquellos obstáculos que mis sentidos se negaban a reconocer.

Cada vez me fui haciendo más dependiente del buen juicio de Aldana, no sólo en la parte sentimental, sino también en el trabajo ya que, desde que ella comprendió su funcionamiento y gracias a su empuje, la fábrica progresó en los últimos tiempos lo que no había avanzado en los quince años anteriores. Se mejoró notablemente el sueldo de los obreros, se compraron maquinarias nuevas, modernas y veloces, se ampliaron y reformaron las instalaciones, se dictaron cursos de capacitación, se incentivó el trabajo con premios. El resultado final fue que se triplicó la producción con la misma cantidad de empleados. Todo se lo debía a Aldana y sus proyectos. A veces, más que un jefe, un patrón con experiencia, me sentía como una carga, como un obstáculo para todas las ansias renovadoras de su espíritu emprendedor.

Entre evocaciones, fuimos trepando; sentíamos plenamente a cada paso, gozábamos de la claridad de la mañana primero y luego de la tibia caricia del sol; mientras, la ascensión se hacía cada vez más difícil y aparecían ya, entre las grietas, las



primeras muestras de nieve.

Algo pasado el mediodía, nos detuvimos sobre una inmensa piedra plana y almorzamos. Conversamos un poco sobre la felicidad que sentíamos, aunque no hacían falta palabras para expresarnos. El brillo de los ojos, la expresión de las caras, eran el símbolo de nuestros sentimientos. Nos quedamos unos instantes contemplando el paisaje, bebiendo la frescura de la brisa, para continuar enseguida nuestro ascenso. Poco tiempo después, Aldana cortó camino por otro sendero y me pasó. Me causaba verdadero deleite verla trepar y, si bien no notaba el cansancio, tenía que esforzarme si no quería que se distanciara.

Así continuamos toda la tarde, hasta que el sol se ocultó tras la misma montaña que escalábamos. La llamé para indicarle que buscásemos un lugar donde acampar. Media hora después habíamos elegido una planicie lo suficientemente protegida para armar la carpa, tender nuestras bolsas de dormir, encender el calentador y comer algo. En ese momento pudimos contarnos todo lo que habíamos sentido a lo largo de la vivificante ascensión. Tuvimos que interrumpir la conversación, debido a que las fuertes ráfagas de viento que se habían levantado apagaron el calentador, y el frío, cada vez más intenso, se empezaba a colar a través de nuestra ropa. Decidimos acostarnos. Me costó dormir. Fueron muchas las emociones del día. Hacía tiempo que no sentía de esta forma.

Me desperté con el olor del café recién hecho. Aldana sacaba unas galletas del “galletómetro”, como llamábamos al recipiente que las contenía, y me espiaba para ver si estaba despierto. Abrí un ojo y la miré.

—Ya veo que sigues “medio” dormido. Anoche no escuché los gritos de tu pesadilla, tío Ale. ¿Cómo dormiste?

—El “Ministerio del Desayuno” me prohíbe hablar antes del café.

—Aquí lo tienes. Bebe y habla.

Salí del calorcito de la mullida y abrigada bolsa de dormir, me desperecé asombrándome de no tener el cuerpo dolorido. Por lo visto el entrenamiento previo había sido efectivo; me abrigué y calcé, tomé unos sorbos de café y la miré a los ojos.

—Gracias, Aldana.

—¿Eso quiere decir que no hubo pesadilla?

—No hubo pesadilla, ni la habrá más. Estoy seguro. Siento que es así.

—Te veo muy bien, Ale, y yo también estoy segura de que nunca más tendrás la pesadilla. Me hace feliz saber que te he ayudado a curarte.

—Estoy bien, feliz. Y no me has ayudado a curarme. Eres la autora.

Nos abrazamos emocionados; comprendí en ese momento todo lo que Aldana significaba para mí, y cuánto amor había en mi corazón.

Con la salida del sol nos pusimos nuevamente en camino. El día anterior habíamos hecho aproximadamente las tres cuartas partes del total de la ascensión; pero el trecho que nos faltaba para llegar a la cumbre era el más empinado y difícil, y teníamos que usar el equipo completo de escalamiento.

El día se presentaba despejado, con una pequeña brisa que fue parando en el transcurso de la mañana, y la nieve se hallaba dura y compacta. Era la situación ideal para disfrutar del ejercicio y del paisaje. Al principio yo iba adelante, colocando los empotradores en las paredes verticales y pasando la cuerda. Avanzaba lentamente pero con seguridad, sin temor, y cuando Aldana me seguía, ya me encontraba firmemente amarrado e iba cobrando de la cuerda a la cual ella estaba asegurada. La veía avanzar muy segura, incansable, tomando todos los recaudos que un buen alpinista debe tener en cuenta. Me sentí orgulloso de ella, de su habilidad, de las condiciones que demostraba en todo lo que emprendía y de lo maravilloso que me resultaba compartir con ella estos importantes momentos que cambiarían mi vida.

Durante el almuerzo me pidió tomar la delantera y hacer el trabajo duro de colocar los empotradores, pasar la cuerda y sostenerme en caso de una posible caída. Primero discutí y, como siempre, terminé aceptando la proposición. Confieso que durante la escalada de la primera pared vertical con Aldana adelante, desconfiaba de su fuerza y habilidad. Luego, me fui tranquilizando, y finalmente me sentí completamente seguro de su trabajo. Ya por la tarde alcanzamos la cima. Tomados de la mano contemplamos el paisaje.

El sol se pone en el horizonte, formado por las cumbres de los picos más altos de la cordillera. Varios cóndores giran en las alturas de un cielo brillante, pequeños y negros, para dar vida a la quietud del instante. Me acerco con precaución al borde del precipicio y así admirar el vasto valle con el río sinuoso que corre con rumor sordo en su parte más profunda. Si no fuera por el lento giro de los pájaros, parecería que el



tiempo se hubiera detenido para que pudiese admirarlo.

De pronto, siento que unas manos se apoyan en mi espalda y me empujan con fuerza al vacío. Intento inútilmente aferrarme de esas manos, escucho un alarido pavoroso mientras giro el cuerpo hasta percibir a Aldana, con esa cara de odio que tan grabada había quedado en mi recuerdo. Me debato en el aire, mis pies resbalan y arrastran piedras, trato de frenar mi caída, mis manos intentan agarrarse de las rocas. Giran las montañas, el río, el cielo, la nieve, Aldana, continúo cayendo, trato de frenarme, de asirme de algo, cuando veo que sobrepaso el borde del precipicio.

Ariel Alberto Díaz
1r premi del IV Premi Literari de Muntanya,
Natura i Viatges del Club Alpí Universitari.